

En la «Nota V.—Sobre la visión del Hijo del Hombre» (pp. 84-87), con todo y admitir el sentido mesiánico, se dice (p. 86): «El sentido colectivo era el único apto para transmitir el concepto mesiánico a los primeros lectores, en aquellos tiempos de preocupación primordial por la conquista de la independencia y liberación de las tiranías, de íntima compenetración de los intereses espirituales y temporales...» Permítasenos algunas observaciones: 1.^a Es muy discutible el sentido colectivo del «semen» en Gen. 3,15 (p. 85). 2.^a R. mismo dice en la pág. 84, hacia el final: «En el mundo antiguo... el reino se identificaba de tal forma con el soberano que podía identificarse con él.» 3.^a Israel soñaba siempre en la restauración por obra de «un descendiente de David. 4.^a El vers. 14, en su sentido obvio, señala al Mesías individual, como viene a reconocer Lagrange (p. 85): ¿por qué, entonces, ir a buscar contextos lejanos para dar con un sentido colectivo? 5.^a Nos preguntamos, en fin: ¿Es que los primeros lectores tenían que verlo todo claro? ¿Y que sólo cuanto ellos podían ver claro era el sentido literal? Porque resulta, por vía de ejemplo, que hoy todavía, después de casi dos mil años de cristianismo, no todo el mundo cree.

En la «Nota VIII.—Interpretación de la profecía de las 70 semanas» (pp. 104-108) leemos: «El v. 24 es, por consiguiente, mesiánico directamente» (p. 105). ¿Será posible que, en cambio, no lo sean también los vv. 25-27, con los cuales está unido estrechamente?

«Con la interpretación histórico-típica... la distribución de los períodos procede de modo natural» (p. 106). Claro que entonces faltan sesenta y siete años en el último período; mas se responde, como notamos en otro lugar, que no se busque precisión matemática en aquellos números (!). Aquí habríamos deseado, además, que el clarísimo autor hubiere consignado alguna de las interpretaciones concretas de las «70 semanas», propuestas por los defensores de la interpretación mesiánica directa.

«Ni Jesús, ni los Apóstoles, al lado de las grandes profecías cumplidas en el Advenimiento de Cristo... citaron esta de Daniel» (pp. 107-108). Es el argumento del silencio—silencio que no es tan absoluto como parece (cf. p. 104 y Mt. 24,15 s.)—, que bien poco o nada prueba. ¿Tenían Jesús y los Apóstoles obligación de citar todas las profecías? ¿Es que está escrito todo lo que predicaron?

Hemos expuesto lealmente puntos de vista diferentes. No pretendimos con ello restar méritos a una obra que los tiene bien adquiridos. Nuestro voto es que se siga estudiando, para que se haga luz, con la gracia de Dios.

PABLO TERMES ROS.

PIETRO DE AMBROGGI: *Le Epistole Cattoliche di Giacomo, Pietro, Giovanni e Giuda* [en la *Sacra Bibbia*, XIV, 1]. Torino, Marietti, 1947. 247 × 173. (4) + 288 + (5) págs., 650 liras.

En la presentación de su comentario a las «Epístolas Católicas», De Ambroggi hace o recoge dos observaciones dignas de ser tenidas en cuenta: 1.^a, que estos breves escritos han sido como eclipsados por el «corpus paulinum», en la conside-

ración de los estudiosos y comentaristas y en la «popularidad»—añadiríamos—entre los simples fieles; 2.ª, y que, no obstante, contienen tesoros insospechados de doctrina teológica y enseñanzas prácticas de viva actualidad. Y mientras el autor, con su obra, se sumó a los trabajos que en los últimos años (cf. la Bibliografía, pág. 7) se van multiplicando para dar a conocer «tesoros escondidos», nosotros reconocemos que la lectura de la misma nos ha sido muy útil espiritualmente.

La presentación y *contenido externos* tienen, como es natural, las características de los otros volúmenes de la colección o comentario: 1.ª Breve *introducción general* a las Epístolas Católicas (pp. 1-8), dedicada más de la mitad a la bibliografía general de las mismas (pp. 4-8). 2.ª Precede al comentario de cada Epístola—en el siguiente orden: Iac., 1-2 Pt., 1-3 Ioh., Iud.—la correspondiente *introducción especial*: destinatarios, fecha de composición, fin, autor, uso litúrgico, etc., y problemas particulares de cada una. Notamos, además y con especial complacencia, el compendio o resumen de «doctrina teológica», bella síntesis, que agradecerán de un modo especial los profesores de Sagrada Escritura en los Seminarios, por facilitarles en gran manera el cumplimiento de normas recientes dictadas por la Pont. Comisión Bíblica: «... magister clare et perspicue monstraverit, quae sint praecipue *doctrinae* tam in Vetere quam in Novo Testamento a Spiritu Sancto propositae... Omnia haec magister quantum fieri potest, ratione exponat *synthetica* quae dicitur...» (A. A. S., 42 [1950], 499.502). 3.ª En el *cuerpo de la obra* se tiene: a) En la parte superior de las páginas, y frente por frente, respectivamente, la *versión italiana* del original, en tipo redondo, y el texto de la *Vulgata*, en cursiva. b) Debajo del texto de la *Vulgata*, un modesto *aparato crítico* (son palabras del autor) para señalar las principales variantes—éstas también se advierten en seguida en las versiones italiana y latina, en donde se imprimen en tipo diferente—: breve en Iac., regular en 1-3 Ioh., Iud., y más extenso en 1-2 Pt. c) El *comentario*, a dos columnas, ocupa el resto de ambas páginas. Dará una idea de su extensión el decir que ocupa por lo menos las tres cuartas partes de ambas páginas, con tendencia a superarlas; y las supera ciertamente en Iac. y 1 Pt. 4.ª Cinco páginas de ilustraciones.

Los puntos doctrinales de especial interés son tratados después del comentario exegético en *notas* aparte, no muy abundantes ciertamente: tres en Iac.: «Sobre la paternidad de Dios» (p. 31), «La Sabiduría en Santiago» (p. 54), «La Exterminación» (p. 72); cuatro en la 1 Pt.: «Sobre el edificio místico» (p. 105), «Sobre el sacerdocio universal de los fieles» (p. 106), «Cristo Pastor» (p. 113), «Sobre la bajada de Cristo a los infiernos» (p. 122); dos en la 2 Pt.: «Sobre la participación de la naturaleza divina» (p. 156), «Sobre la Inspiración según San Pedro» (p. 180); cinco en 1 Ioh.: «La «Vida» en S. Juan» (p. 203), «La «Luz» en S. Juan» (p. 206), «Las fórmulas «Estar en El» y «Morar en El» (p. 213), «Sentido del «Comma iohannaicum» en la *Vulgata* Clementina» (p. 244), «¿Qué es exactamente el «pecado para muerte»?» (p. 247), y una en Iud.: «Sobre la discusión de Miguel con el diablo» (p. 277). Muchas de estas «Notas» van acompañadas de bibliografía especial (y lo mismo se diga de bastantes otros puntos del comentario).

Como notamos más arriba, el comentario es extenso. Fundamentalmente es un *comentario exegético, teológico, doctrinal*, hecho con un conocimiento muy gran-

de de las Sagradas Escrituras, que se aducen constantemente para la ilustración y mejor comprensión del pasaje comentado.

Es, además, un *comentario piadoso*, en el buen sentido de la palabra—aspecto que de ninguna manera es incompatible con el carácter estrictamente científico—, *útil y provechoso* para la santificación y vida espiritual propia del lector, a quien suministra, por lo mismo, abundante material de apostolado. Con relativa frecuencia, el comentario a una sola palabra puede servir para una o varias meditaciones, para un sermón: cf., e. gr., sólo al empezar: «Servo di Dio e del Signore», «Fratelli», «Perfetta gioia» (Iac. 1,1 = p. 22 ss.). De ahí asimismo frecuentes e interesantes aplicaciones ascéticas, prácticas, etc., expuestas directamente o por referencia a los autores y obras, en donde se pueden encontrar. Igualmente se señalan a su debido tiempo las aplicaciones que la Liturgia hace de algunos pasajes a los Santos (e. gr. pp. 36, 37).

El autor pone de manifiesto la *actualidad de las enseñanzas* contenidas en las Ep. Cat. con alegaciones de los documentos de los últimos Papas, en especial del Papa Pío XII, felizmente reinante (e. gr. pp. 115, 116, 131, 135, 261, etc.). Y no es de extrañar, pues las verdades del catolicismo no son transitorias, mudables, son de ayer y de hoy, para todos los siglos. Léase, p. e., el pasaje (Iac. 4,1-3), en el cual el austero obispo de la Iglesia de Jerusalén señala las pasiones como razón primera de todas las guerras: verdad reconocida por los mismos paganos (Salustio, Tácito) y que recordó en su radio-mensaje de 1 set. 1943 Pío XII (p. 56).

Conforme al espíritu y disposiciones de la Iglesia, el autor, para dar con la recta inteligencia y mayor comprensión del texto sagrado: *a)*, recurre constantemente a los comentarios de los *Santos Padres* y autores católicos, antiguos y modernos. Es decisiva y constante en la obra la influencia, sobre todo, de San Beda y de Cornelio A. Lapide; *b)*, también se llama auxilio a las *disciplinas auxiliares*: arqueología, geografía, etc.; y de un modo relevante—a veces quizá excesivo y con detrimento de la exposición estrictamente exegética, doctrinal y provechosa espiritualmente, que ya no podrá proceder más a fondo por falta de espacio (dígase esto de 1-2 Pt.)—, la filología; *c)*, se conocen igualmente las obras de los *acatólicos*, cuyas sentencias se exponen, y, si es justo, se refutan.

El comentario es siempre sumamento *ortodoxo*. Las doctrinas definidas se ponen de relieve.

Resumiendo, diremos que es un comentario digno de ser recomendado y que merece mil plácemes. Ello, a pesar de reconocer que no es propiamente un comentario original de investigador que procede por cuenta propia. Al autor de la recensión más bien le parece una síntesis y resumen bien logrados—indudablemente con muchos elementos propios—de los trabajos precedentes sobre la misma materia, con exposición clara de cuanto se juzga más razonable, entre las muchas y variadas sentencias. Es evidente a primera vista por las citas el influjo de Chaine y Charue en el comentario de Iac.; aunque no es tanto como el ejercido por los mismos en la 2 Pt. o por Holzmeister en la 1 Pt. A Chaine, que sigue influyendo en Iud., se juntan en la 1 Ioh., Charue, Polloi y Bonsirven. Según nuestra impresión—que bien pudiera ser muy subjetiva—, el mejor comentario es el de Iac., se-

guido por el de 1 Ioh.; por lo menos gusta más el comentario con poca filología y con mucha doctrina.

Para De Ambroggi, la epístola de Santiago fué escrita a todos los judíos convertidos que vivían en la Diáspora, y entabla polémica contra los laxos, especialmente contra los avaros e injustos, que pretendían salvarse sin las buenas obras. Más tarde San Pablo, viendo el abuso que los judaizantes hacían de las palabras de Santiago y temiendo peligros para la pureza de la fe, interviene (cf. epíst. ad Gal. y Rom.) para precisar las palabras de su hermano en el apostolado y mostrar su verdadero sentido. Según esto, la epístola de Santiago es anterior a las mencionadas de San Pablo; es más, sería el primer escrito del Nuevo Testamento, escrita entre los años 45-49, antes que surgiese la controversia de los judaizantes. Teoría evidentemente que puede discutirse. A la exposición del autor (pp. 11-13) sólo objetaremos que no se citan los autores antiguos, cuya mayoría se inclina por la sentencia que sostiene que los escritos de San Pablo son anteriores a nuestra epístola; y esto debería tenerse en cuenta, porque es cuestión que no puede ser juzgada por criterios internos solamente.

En los datos biográficos de San Pedro es de desear algo más sobre la estancia del primer Papa en Roma. Allí mismo, cuando se trata del incidente entre San Pedro y San Pablo en Antioquía, es de suponer que se tendrá cuenta, en sucesivas ediciones, del reciente artículo de Paulus Gächter, en «Zeitschrift für kath. Theologie», 72 (1950), 177-212, resumido en «Verbum Domini», 28 (1950), 291-293.

Exposición amplia, en la 2 Pt., de los argumentos internos y externos en pro de la autenticidad petrina de la epístola. El Apóstol, no solamente se valió de la ayuda de un colaborador (como en la 1 Pt., pero diverso) en la redacción de la epístola, sino que también, probablemente, usó la epístola de San Judas.

La primera de San Juan, dirigida a las Iglesias de la región efesina, lo sería a étnico-paganos, a los mismos a quienes se dirigió el IV Evangelio, en peligro de recaer en la mentalidad pagana; escrito de carácter pastoral para preservar a los fieles de los lobos rapaces.

Al señalar destinatario para la 2 Ioh., el autor se inclina por la sentencia hoy corriente de que fué escrita a una iglesia particular, personificada como una Señora, Esposa del Señor (Cristo); especie de circular que debía pasar a las varias iglesias del Asia proconsular dependientes del Apóstol.

Para la epístola de San Judas, De Ambroggi prefiere, como Cornely, como fecha de composición el año 65 aproximadamente. Fué escrita, como la de Santiago, a los judío-cristianos de la Diáspora.

En la introducción a todas las epístolas el autor da también el argumento y división de la epístola, indicando casi siempre sólo la sucesión de pensamientos tal como se presentan. Aun reconociendo con el preclaro autor que aquellos «están unidos con frecuencia por simples asociaciones de ideas, sin un claro plan lógico, orgánico, predeterminado» (p. 189), creemos haría cosa útil en próximas ediciones—y hacemos votos porque se sucedan con rapidez—si procurara señalar las partes más principales, como se hace, p. e., en la «Introductio specialis in Novum Testamentum» de Höpfl-Gut.